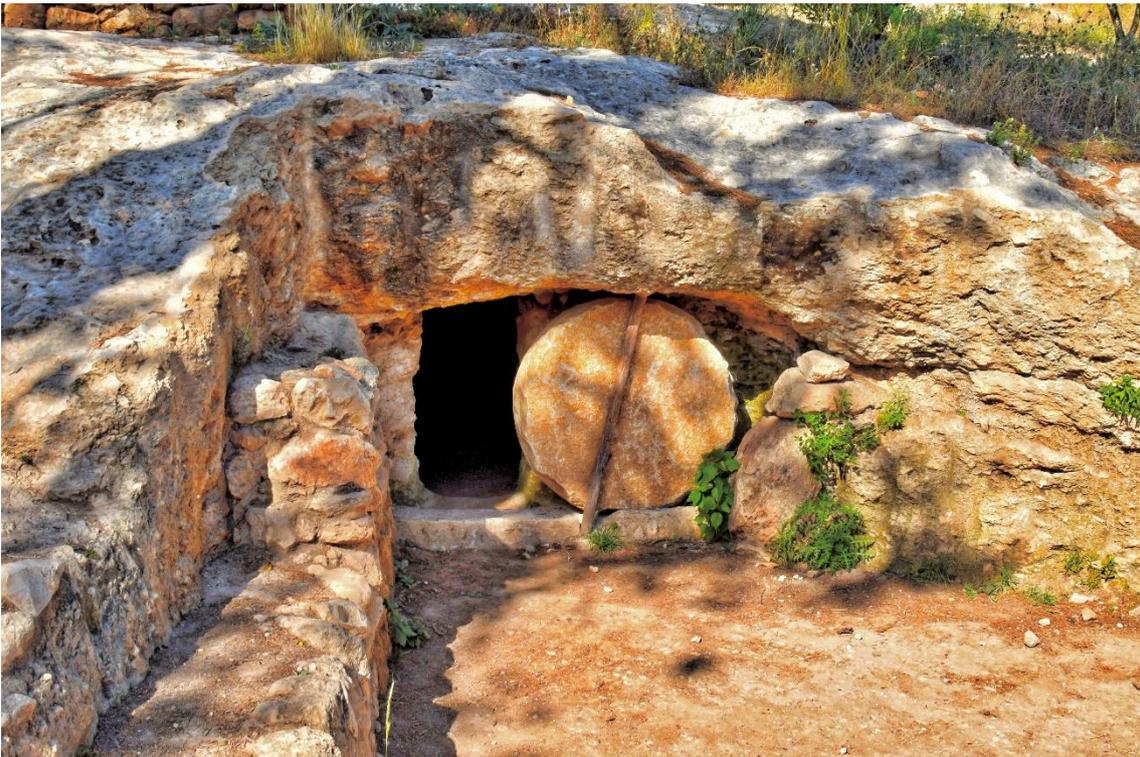


13ª SESIÓN: RESURRECCIÓN DE JESÚS (MT 28; MC 16; LC 24; JN 20-21)

***“NO ESTÁ AQUÍ. HA RESUCITADO” (MT
28,6)***



INTRODUCCIÓN

Estimados amigos de la Biblia. Saludos fraternos

Comenzamos nuestro tercer y último comentario sobre la PASIÓN, MUERTE y RESURRECCIÓN DE JESÚS, último también de nuestro estudio del evangelio de Mateo.

El primero lo dedicamos a los previos de la pasión: última cena, Getsemaní, prendimiento, interrogatorio de Jesús ante Caifás y negaciones de Pedro (Mt 26); el segundo estuvo centrado en su pasión y muerte (Mt 27) y este lo estará en su resurrección (Mt 28).

Como en los dos anteriores, tratamos el tema a partir de los relatos de los cuatro evangelistas, a partir de la aportación del Papa Benedicto XVI, simplificando y adaptando el texto, por la densidad y hondura del autor, que puede resultar excesiva para los lectores¹. Léanse por ello las narraciones de todos ellos: Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 18,20-21).

Comenzamos invocando la asistencia del Espíritu Santo:

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu
creador y renueva la faz de la tierra.

1. ¿QUÉ SUCEDE EN LA RESURRECCIÓN DE JESÚS?

«Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo. Además, como testigos de Dios, resultamos unos embusteros, porque en nuestro testimonio le atribuimos falsamente haber resucitado a Cristo» (1 Co 15, 14s).

San Pablo resalta con estas palabras de manera tajante la importancia que tiene la fe en la resurrección de Jesucristo para el mensaje cristiano en su conjunto: es su fundamento. LA FE CRISTIANA SE MANTIENE O CAE SEGÚN SEA VERDAD O NO QUE CRISTO HA RESUCITADO DE ENTRE LOS MUERTOS.

Es verdad que, aun prescindiendo de esto, se pueden tomar de la tradición cristiana ciertas ideas interesantes sobre Dios y el hombre, sobre cómo es y debe ser, y extraer de ella una cierta concepción religiosa del mundo, pero la fe cristiana como tal quedaría muerta. Jesús sería una personalidad religiosa fallida que, a pesar de su fracaso, sigue siendo grande y sobre el que podemos reflexionar y aprender, pero limitada a una dimensión puramente humana y su autoridad sólo sería válida en la medida en que su mensaje nos convenciera, pero no el criterio y medida de nuestra existencia. El criterio sería entonces únicamente nuestra valoración personal que elige de su aportación aquello que le parece

¹ JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI, Jesús de Nazaret 2ª Parte: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección, Madrid, Ed. Encuentro, 2011, p. 281-321, donde el lector encontrará más información.

útil, lo que significaría que la última instancia en todo es nuestra valoración personal y que estamos abandonados a nosotros mismos.

Sólo si Jesús ha resucitado ha sucedido algo verdaderamente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre. Entonces ÉL, JESÚS, SE CONVIERTE EN EL CRITERIO DEL QUE PODEMOS FIARNOS, pues ahora Dios se ha manifestado verdaderamente.

Por esta razón, en nuestro estudio sobre Jesús la resurrección es el punto decisivo. Que Jesús sólo haya existido o que, en cambio, exista también ahora depende de la resurrección. EN EL «SÍ» O EL «NO» A ESTA CUESTIÓN SE JUEGA NUESTRA FE EN ÉL. Por tanto, es necesario escuchar con una atención particular el testimonio de la resurrección que nos ofrece el Nuevo Testamento.

¿Qué pasó allí? Para los testigos que habían encontrado al Resucitado esto no era ciertamente nada fácil de expresar. Se encontraron ante un fenómeno totalmente nuevo para ellos, pues superaba el horizonte de su propia experiencia. Por más que la realidad de lo acontecido se les presentara de manera tan abrumadora que los llevara a dar testimonio de ella, ésta seguía siendo del todo inusual. ¿En qué consistió? Los discípulos no lo sabían y debían aprenderlo sólo por el encuentro con la realidad.

Si la resurrección de Jesús no hubiera sido más que el milagro de un muerto redívivo, no tendría para nosotros interés alguno. No sería más importante que la reanimación, por la pericia de los médicos, de alguien clínicamente muerto. Para el mundo en su conjunto, y para nuestra existencia, nada hubiera cambiado. El milagro de un cadáver reanimado significaría que la resurrección de Jesús fue igual que la del joven de Naín (cf. Lc 7,11- 17), de la hija de Jairo (cf. Mc 5,22-24.35 43 par.) o de Lázaro (cf. Jn 11,1-44). De hecho, éstos volvieron a la vida anterior durante cierto tiempo para, llegado el momento, antes o después, morir definitivamente.

Los testimonios del Nuevo Testamento no dejan duda alguna de que en la «resurrección del Hijo del hombre» ha ocurrido algo completamente diferente. La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión de ser hombre. Por eso, la resurrección de

Jesús no es un acontecimiento aislado que podríamos pasar por alto y que pertenecería únicamente al pasado, sino que es una especie de «MUTACIÓN DECISIVA», UN SALTO CUALITATIVO. En ella se ha alcanzado una nueva posibilidad de ser hombre que interesa a todos y que abre un futuro nuevo para la humanidad.

Por eso Pablo, con razón, ha vinculado inseparablemente la resurrección de los cristianos con la resurrección de Jesús: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó... ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos» (1 Co 15,16.20). La resurrección de Cristo es un acontecimiento universal o no es nada, viene a decir Pablo. Y sólo si la entendemos así, como inauguración de una nueva dimensión de la existencia humana, podemos entender el testimonio de la resurrección en el Nuevo Testamento.

Jesús no ha vuelto a una vida humana normal de este mundo, como Lázaro y los otros muertos que Jesús resucitó. HA ENTRADO EN UNA VIDA DISTINTA, NUEVA; EN LA INMENSIDAD DE DIOS.

Esto era algo totalmente inesperado también para los discípulos, ante lo cual necesitaron un cierto tiempo para orientarse. La promesa de la resurrección resultaba incomprensible para los discípulos en un primer momento.

Nadie había pensado en un Mesías crucificado, como tampoco nadie podía esperar que resucitase. Ahora el «hecho» estaba allí, y este hecho permitía leer la Escritura de un modo nuevo. En ella era posible identificar ambos eventos: la cruz y la resurrección, lo que permitía entenderlos y llevaba a la fe en Jesús como el Hijo de Dios.

Para los discípulos la resurrección era tan real como la cruz. Después de tanto titubeo y asombro inicial, simplemente se rindieron ante la realidad. Ya no podían oponerse a ella: es realmente Él; vive, nos ha hablado y le hemos tocado, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo tangible.

La paradoja era indescriptible: por un lado, ÉL ERA COMPLETAMENTE DIFERENTE, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, AL MISMO TIEMPO, precisamente Él, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, ESTABA PRESENTE DE MANERA REAL, EN SU PLENA IDENTIDAD. Se trataba de algo absolutamente sin igual, único, que iba más allá de los horizontes usuales de la experiencia y que, sin embargo, seguía

siendo del todo incontestable para los discípulos. Así se explica la peculiaridad de los testimonios de la resurrección: hablan de algo paradójico, algo que supera toda experiencia y que, sin embargo, está presente de manera absolutamente real.

2. LOS DOS TIPOS DIFERENTES DE TESTIMONIOS DE LA RESURRECCIÓN

Al examinar los testimonios sobre la resurrección en el Nuevo Testamento, vemos que hay dos tipos diferentes: *TEXTOS EN FORMA DE CONFESIÓN* y *TEXTOS EN FORMA DE NARRACIÓN*.

2.1. TEXTOS EN FORMA DE CONFESIÓN

Esta forma de confesión sintetiza lo esencial en enunciados breves que quieren conservar el núcleo del acontecimiento. Son la expresión de la identidad cristiana, la «confesión» por la cual nos reconocemos mutuamente y nos hacemos reconocer ante Dios y ante los hombres. Veamos tres ejemplos.

EL RELATO DE LOS DOS DISCÍPULOS DE EMAÚS concluye con su encuentro en Jerusalén con los once discípulos reunidos, que los saludan diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón» (Lc 24,34). Esta fórmula, se ha convertido para nosotros, los creyentes, en una aclamación o confesión que afirma lo esencial: el acontecimiento y el testigo que es su garante.

EN ROMANOS 10 SE DICE: «Si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó, te salvarás» (v. 9). La confesión tiene dos partes:

- Se afirma que Jesús es «el Señor», con lo que se afirma su divinidad;
- Se confiesa que su resurrección es un acontecimiento histórico: Dios lo ha resucitado de entre los muertos y que, si acogida con fe, la resurrección es causa de la salvación.

LA CONFESIÓN MÁS IMPORTANTE SOBRE LA RESURRECCIÓN SE ENCUENTRA EN 1COR 15. En ella Pablo subraya con gran vigor que lo que propone no son palabras suyas: «Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto» (15,3). Con ello se inserta conscientemente en la cadena del recibir y transmitir algo que, por ser esencial, debe ser comunicado con toda fidelidad, cosa

que hace, porque de lo que se trata es de la tradición común de la Iglesia ya desde los comienzos.

De este mensaje central no sólo interesa el contenido, sino también la formulación literal, a la que no se puede añadir ninguna modificación. «Tanto ellos (los discípulos de Jesús) como yo, esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído» (15,11), afirma. En su núcleo, la fe es una sola incluso en su misma formulación literal: ella une a todos los cristianos. El testimonio (Credo) de Pablo, como el de los discípulos, es un verdadero testimonio de los orígenes:

«Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía... Después se le apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se apareció también a mí» (1 Co 15,3-8).

A la verdadera confesión original, que acaba con la aparición a Cefas y a los Doce, Pablo ha añadido a Santiago, a más de quinientos hermanos y a «todos» los apóstoles, usando obviamente un concepto amplio de «apóstol» que va más allá del círculo de los Doce y, finalmente, a él mismo.

2.1.1. LA MUERTE DE JESÚS

Examinemos el Credo de Pablo parte por parte. Comienza con la frase: «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras».

“SEGÚN LAS ESCRITURAS”: para comprender la muerte y resurrección de Jesús, el creyente tiene que hacer el mismo proceso que el resucitado había enseñado a los discípulos de Emaús para que entendieran que todo lo sucedido con Él es cumplimiento de la «Escritura» en el Antiguo Testamento, es decir, que LA MUERTE DE JESÚS EN LA CRUZ ES PARTE DE LA HISTORIA DE DIOS CON SU PUEBLO, no una mera casualidad. De ella recibe su lógica y su significado y es su culminación.

“CRISTO MURIÓ POR NUESTROS PECADOS”: ¿Cómo entender esta expresión? LA MUERTE DE JESÚS PROVIENE DE LA HUMILDAD DE DIOS, no de la presunción del hombre, de su querer ser como Dios. No es

la consecuencia inevitable de un orgullo desmesurado y contrario a la verdad, sino OBRA DE UN AMOR EN EL QUE DIOS MISMO DESCENDE HASTA EL HOMBRE PARA ELEVARLO DE NUEVO HACIA SÍ. Es una muerte que realiza la reconciliación del hombre con Dios y se convierte en luz para los pueblos.

2.1.2. LA CUESTIÓN DEL SEPULCRO VACÍO

El texto dice a continuación: «FUE SEPULTADO», con lo que afirma que la muerte de Jesús fue real y plena participación en la suerte humana de tener que morir. Jesús ha aceptado el camino de la muerte, amargo y aparentemente sin esperanza, hasta el sepulcro. ¿Qué pasó después? ¿Permaneció Jesús en el sepulcro o este quedó vacío después de su resurrección?

Naturalmente, el sepulcro vacío en cuanto tal no puede ser una prueba de la resurrección, pues que lo estuviera podría tener otras explicaciones: María Magdalena lo encontró vacío y supuso que alguien se había llevado el cuerpo de Jesús (cf. Jn 20,1-3). Sin embargo, hay que decir que, si bien el sepulcro vacío de por sí no puede probar la resurrección, sigue siendo un presupuesto necesario para la fe en la resurrección.

En su Credo Pablo no afirma que el sepulcro estuviera vacío, pero lo da por supuesto y los cuatro Evangelios hablan de ello ampliamente en sus relatos sobre la resurrección.

En el discurso de san Pedro en Pentecostés, en el que anuncia la resurrección de Jesús a la muchedumbre reunida, lo hace mediante una cita del Salmo 16,9-11 donde se dice: «Mi carne descansa en la esperanza, porque no abandonarás mi alma en el lugar de los muertos, ni permitirás que tu Santo sufra la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida...» (Hch 2,26ss).

Pedro presupone a David como el orante originario de este Salmo, pero constata que en David no se ha cumplido esta esperanza, pues «David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta el día de hoy» (Hch 2,29). El sepulcro con el cadáver es la prueba de que no ha habido resurrección. Sin embargo, LA PALABRA DEL SALMO ES VERDADERA SI REFERIDA A JESÚS, el verdadero y definitivo David, porque en Él se ha cumplido la palabra de la promesa: no «dejarás a tu fiel conocer la corrupción».

«No conocer la corrupción»: ésta es precisamente la definición de resurrección, pues la corrupción era la prueba de que la muerte era definitiva. Con la descomposición del cuerpo la muerte ha vencido y el hombre ya no existe. Era, por tanto, fundamental para la Iglesia antigua que el cuerpo de Jesús no hubiera sufrido la corrupción, pues sólo en ese caso estaba claro que no había quedado en la muerte, que en Él la vida había vencido a la muerte.

En este sentido, el sepulcro vacío como parte del anuncio de la resurrección es un hecho estrictamente conforme a la Escritura. Además, el anuncio de la resurrección habría sido imposible si el cuerpo de Jesús hubiera permanecido en el sepulcro.

2.1.3. EL TERCER DÍA

El artículo siguiente dice: «Resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Co 15,4). Lo esencial del es que la resurrección misma es conforme con la Escritura, no tanto que fuera al tercer día. Para el tercer día no existe un testimonio bíblico directo.

La expresión “el tercer día” indica una fecha según la tradición cristiana, que es primordial en los Evangelios y se refiere al descubrimiento del sepulcro vacío y al primer encuentro con el Señor resucitado.

El primer día de la semana, el tercero después del viernes, está atestiguado desde los primeros tiempos en el Nuevo Testamento como el día de la asamblea y el culto de la comunidad cristiana (cf. 1 Co 16,2; Hch 20,7; Ap 1,10), en contraposición con la cultura sabática judía.

Si se considera la importancia que tiene el sábado en la tradición veterotestamentaria, basada en el relato de la creación y en el Decálogo, resulta evidente que sólo un acontecimiento con una fuerza sobrecogedora podía provocar la renuncia al sábado y su sustitución por el primer día de la semana. Sólo un acontecimiento que se hubiera grabado en las almas con una fuerza extraordinaria podría haber suscitado un cambio tan crucial en la cultura religiosa de la semana. LA CELEBRACIÓN DEL DÍA DEL SEÑOR, que distingue a la comunidad cristiana desde el principio, ES UNA DE LAS PRUEBAS MÁS FUERTES DE QUE HA SUCEDIDO UNA COSA EXTRAORDINARIA EN ESE DÍA: el descubrimiento del sepulcro vacío y el encuentro con el Señor resucitado.

2.1.4. LOS TESTIGOS

El Credo de Pedro hace referencia a los testigos: «Se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce», se afirma. Esta mención tiene una importancia teológica particular porque en ella se indica el fundamento mismo de la fe de la Iglesia.

«Los Doce» son la piedra-fundamento de la Iglesia, pero de entre ellos Pablo destaca a Pedro a quien Jesús confió el encargo de ser la roca de la Iglesia. Ahora, después de la resurrección, el Señor se manifiesta a él antes que a los Doce, y con ello le renueva una vez más su misión única.

Si ser cristianos significa esencialmente la fe en el Resucitado, el testimonio de Pedro es una confirmación del cometido que se le ha confiado de ser la roca sobre la que se construye la Iglesia.

2.2. TEXTOS EN FORMA DE NARRACIÓN

Vistos los testimonios sobre la resurrección en forma de confesión, pasemos ahora a los testimonios en forma de narración. Mientras los primeros sintetizan la fe común del cristianismo mediante fórmulas determinadas que deben ser transmitidas con fidelidad, LAS NARRACIONES DE LAS APARICIONES DEL RESUCITADO CUENTAN EPISODIOS DIVERSOS. Dado que han sido recogidas en los Evangelios, HAN DE CONSIDERARSE COMO VÁLIDOS TESTIMONIOS DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS. De hecho, las confesiones presuponen las narraciones y se han desarrollado a partir de ellas, al tiempo que remiten al relato.

Todos los evangelistas tienen relatos de la resurrección, pero ninguno de ellos describe la resurrección misma de Jesús. Ésta se ha desarrollado en el secreto de Dios, entre Jesús y el Padre, y de un modo que escapa a la experiencia humana.

Los textos en forma de narración hablan de encuentros con el Resucitado y de lo que Él dijo en ellos, mientras que la tradición en forma de confesión son fórmulas que reflejan lo esencial de los hechos y nos confirman en la fe en la resurrección.

2.2.1. LAS APARICIONES DE JESÚS A PABLO

Hay una diferencia clara entre la aparición del Resucitado a Pablo descrita en los Hechos de los Apóstoles y los relatos de los

Evangelios sobre los encuentros de los apóstoles y de las mujeres con el Señor vivo.

Según los tres relatos de los Hechos de los Apóstoles sobre la conversión de Pablo, el encuentro con Cristo resucitado se compone de dos elementos: UNA LUZ «MÁS RESPLANDECIENTE QUE EL SOL» (26,13) y UNA VOZ QUE HABLA A SAULO «EN LENGUA HEBREA» (v. 14):

Para Pablo, el verdadero destinatario de la misma, los dos elementos van juntos: la luz resplandeciente y la palabra, por la que Jesús se identifica con la Iglesia perseguida y que, al mismo tiempo, le confía una misión. En el primer y segundo relato la voz le habla de su misión y le manda a Damasco, donde se le indicarán los detalles, mientras que en el tercero se le dirigen unas palabras detalladas y muy concretas sobre su misión:

«Levántate y ponte en pie; pues me he aparecido a ti para constituírte servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para que les abras los ojos; para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia entre los que han sido santificados por la fe en mí» (Hch 26,16ss).

A pesar de todas las diferencias entre los tres relatos, resulta claro que la aparición (la luz) y la palabra van juntos y quien se dirige a Pablo es el Resucitado

2.2.2. LAS APARICIONES DE JESÚS EN LOS EVANGELIOS

Las apariciones de las que nos hablan los evangelistas son de un género diferente. Por un lado, el Señor aparece como un hombre como los otros hombres: camina con los discípulos de Emaús; deja que Tomás toque sus heridas; según Lucas, acepta incluso comer un trozo de pez para demostrar su verdadera corporeidad. Y, sin embargo, también según estos relatos, no es un hombre que simplemente ha vuelto a ser como era antes de la muerte.

Llama la atención ante todo que LOS DISCÍPULOS NO LO RECONOZCAN EN UN PRIMER MOMENTO. Esto no sucede solamente con los dos de Emaús, sino también con María Magdalena y de nuevo

junto al lago de Tiberíades: «Estaba ya amaneciendo cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús» (Jn 21,4). Solamente después de que el Señor les mandó salir de nuevo a pescar, el discípulo tan amado lo reconoció: «Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: “Es el Señor”» (21,7). Es, por decirlo así, un reconocer desde dentro que, sin embargo, queda siempre envuelto en el misterio. En efecto, después de la pesca, cuando Jesús los invita a comer, seguía habiendo una sensación de algo extraño. «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor» (21,12). Lo sabían desde dentro, pero no por el aspecto de lo que veían y presenciaban.

En las apariciones se constata esta dialéctica del reconocer y no reconocer². Jesús llega a través de las puertas cerradas, y se presenta de improviso en medio de ellos, y del mismo modo desaparece de repente, como al final del encuentro en Emaús. Él es plenamente corpóreo, y sin embargo, no está sujeto a las leyes de la corporeidad, del espacio y del tiempo. En esta sorprendente dialéctica se manifiesta la esencia peculiar y misteriosa de la nueva existencia del Resucitado. En efecto, ambas cosas son verdad: ÉL ES EL MISMO –un hombre de carne y hueso– y ES TAMBIÉN EL NUEVO, el que ha entrado en un género de existencia distinto.

Esta dialéctica, que es parte de la esencia del Resucitado, los relatos la presentan con poca habilidad, y eso precisamente indica que son verídicos. Si se hubiera inventado la resurrección, se habría insistido en la plena corporeidad de Jesús, se le podría reconocer inmediatamente y se habría ideado tal vez un poder particular como signo distintivo del Resucitado. Pero en las contradicciones que experimentan los discípulos, presentes en todos los textos, se refleja un nuevo modo de encuentro que, justo por eso, se revela como la descripción auténtica de la experiencia que han tenido.

La novedad del Resucitado consiste en el hecho de que Jesús es realmente hombre y como hombre ha padecido y ha muerto, pero

² Uno de los sentidos que la RAE da al término “dialéctica” es: “relación entre opuestos”, que referido a los relatos evangélicos sobre Jesús resucitado significa que en él se dan al mismo tiempo realidades que, en sí mismas, son contrarias.

ahora destaca en él la dimensión divina del Dios vivo; aparece como AUTÉNTICO HOMBRE Y, AL MISMO TIEMPO, TAMBIÉN COMO DIOS.

Es importante, por tanto, dejar claro que, por una parte, Jesús no ha retornado a la existencia anterior, sometida a la muerte, sino que vive de modo nuevo en comunión con Dios y sustraído para siempre a la muerte y por otra, que los encuentros con el Resucitado son encuentros reales con el Viviente que posee un cuerpo y permanece corpóreo, pero de un modo nuevo. Jesús no es, como temieron en un primer momento los discípulos, un «fantasma», un «espíritu», sino que tiene «carne y huesos» (cf. Lc 24,36-43).

Veamos ahora brevemente tres pasajes en los que se habla de la participación del Resucitado en una comida.

EL EPISODIO DE EMAÚS concluye diciendo que Jesús se sentó a la mesa con los dos discípulos, tomó el pan, recitó la bendición, lo partió y se lo dio. En aquel momento se les abrieron los ojos «y lo reconocieron, pero Él desapareció» (Lc 24,31). El Señor está a la mesa con ellos igual que antes, hace la misma plegaria y reparte el pan. Después desaparece de su vista y, justo en este desaparecer se les abre la vista interior y lo reconocen. Es una verdadera comunión de mesa y, sin embargo, es nueva. En el partir el pan Él se manifiesta, pero sólo al desaparecer se hace realmente reconocible.

EN SU MANIFESTACIÓN A ORILLAS DEL MAR DE TIBERÍADES (Jn 21,1-14), los discípulos han faenado toda la noche sin éxito; sus redes no han capturado ningún pez. Por la mañana, Jesús está en la orilla, pero no lo reconocen. Él les pregunta: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ante su respuesta negativa, les manda echar de nuevo las redes y esta vez obtienen una pesca superabundante. Al saltar a tierra ven que Jesús ya ha puesto pescado sobre las brasas y los invita: «Venid y comed». Y entonces ellos «supieron» que era Jesús.

EN SUS APARICIONES DURANTE LOS 40 DÍAS ANTERIORES A SU ASCENSIÓN el Resucitado come con sus apóstoles. El texto de Lucas indica tres elementos que caracterizan la presencia del Resucitado con los suyos: Él se «apareció», «habló» y «comió con ellos». Aparecer, hablar y comer juntos son las tres auto manifestaciones del Resucitado, estrechamente relacionadas entre sí, con las cuales Él se revela como el Viviente.

3. RESUMEN DE LA NATURALEZA DE LA RESURRECCIÓN Y SU SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA

Nos preguntamos: ¿de qué tipo o género fue el encuentro con el Señor resucitado? Son importantes las siguientes distinciones:

- JESÚS NO ES ALGUIEN QUE HAYA REGRESADO A LA VIDA BIOLÓGICA NORMAL y que después, según las leyes de la biología, deba morir nuevamente cualquier otro día.
- NO ES TAMPOCO UN FANTASMA O UN «ESPÍRITU». No es, por tanto, alguien que pertenece al mundo de los muertos y se ha manifestado en el mundo de la vida.
- LOS ENCUENTROS CON EL RESUCITADO SON MUY DIFERENTES DE LAS EXPERIENCIAS MÍSTICAS, en las que el espíritu humano es elevado por un momento por encima de sí mismo y percibe el mundo de lo divino y lo eterno, para volver después a su existencia normal.

La experiencia mística es una superación momentánea del ámbito normal del ser humano, pero no es un encuentro con una persona. Pablo ha distinguido muy claramente sus experiencias místicas como, por ejemplo, su elevación hasta el tercer cielo (2Cor 12,1-4) del encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco, que fue un acontecimiento en su vida, un encuentro con una persona viva.

Según todos estos datos bíblicos, ¿qué podemos decir ahora realmente sobre la naturaleza peculiar de la resurrección de Cristo?

Que es un acontecimiento dentro de la historia que, sin embargo, quebranta el ámbito de la historia y va más allá de ella. Quizás podamos recurrir a un lenguaje analógico que nos puede dar un atisbo de comprensión. Podríamos considerar LA RESURRECCIÓN COMO UNA ESPECIE DE «SALTO CUALITATIVO» RADICAL, UN SALTO ONTOLÓGICO que afecta al ser como tal en que se entreabre una nueva dimensión de la vida, del ser hombre.

Más aún, la materia misma es transformada en un nuevo género de realidad. El hombre Jesús, con su mismo cuerpo, PERTENECE AHORA TOTALMENTE A LA ESFERA DE LO DIVINO Y ETERNO. Puesto que nosotros no poseemos una experiencia de este género renovado y transformado de la materialidad y de la vida, no

debemos maravillarnos de que esto supere lo que podemos imaginar.

3.1. ¿ES LA RESURRECCIÓN UN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO?

A este respecto hay que decir que la resurrección contraviene la historia e inaugura una DIMENSIÓN QUE LLAMAMOS ESCATOLÓGICA, ES DECIR, DE OTRO ORDEN Y DEFINITIVA, a la cual estamos destinados todos. La resurrección nos introduce en un espacio nuevo que abre la historia más allá de sí misma y crea lo definitivo. En este sentido no es un acontecimiento histórico del mismo tipo que el nacimiento o la crucifixión de Jesús, sino de un género nuevo.

Pero es necesario advertir al mismo tiempo que no está simplemente fuera o por encima de la historia, sino que tiene su inicio en la historia misma y hasta cierto punto le pertenece. Se podría expresar así: LA RESURRECCIÓN DE JESÚS VA MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA, PERO HA DEJADO SU HUELLA EN LA HISTORIA. Por eso puede ser refrendada por testigos como un acontecimiento de una cualidad del todo nueva.

De hecho, la predicación apostólica, con su entusiasmo y su audacia, es impensable sin un contacto real de los testigos con el fenómeno totalmente nuevo e inesperado de la manifestación de Cristo resucitado y del hecho de que hablara con ellos. Sólo un acontecimiento real de una entidad radicalmente nueva era capaz de hacer posible el anuncio apostólico, que no se puede explicar por especulaciones o experiencias interiores, místicas. En su osadía y novedad, dicho anuncio adquiere vida por la fuerza impetuosa de un acontecimiento que nadie había ideado y que superaba cualquier imaginación.

3.2. EL MODO DE ACTUAR DE DIOS: DISCRETAMENTE

Al final, sin embargo, permanece siempre en todos nosotros la pregunta que Judas Tadeo le hizo a Jesús en el Cenáculo: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te muestres a nosotros y no al mundo?» (Jn 14,22). Sí, ¿por qué no te has opuesto con poder a tus enemigos que te han llevado a la cruz?, quisiéramos preguntar también nosotros. ¿Por qué no les has demostrado con vigor irrefutable que tú eres el Viviente, el Señor de la vida y de la muerte? ¿Por qué te has manifestado sólo a un pequeño grupo de discípulos, de cuyo testimonio tenemos ahora que fiarnos?

Pero esta pregunta no se limita solamente a la resurrección, sino a todo ese modo en que Dios se revela al mundo. ¿Por qué sólo a Abraham? ¿Por qué no a los poderosos del mundo? ¿Por qué sólo a Israel y no de manera inapelable a todos los pueblos de la tierra?

ES PROPIO DEL MISTERIO DE DIOS ACTUAR DE MANERA DISCRETA E IR CONSTRUYENDO POCO A POCO SU HISTORIA EN LA GRAN HISTORIA DE LA HUMANIDAD. Se hace hombre, pero de tal modo que puede ser ignorado por sus contemporáneos y los poderes de la historia. Padece y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante la fe de los suyos, a los que se manifiesta. No cesa de llamar con suavidad a las puertas de nuestro corazón y, si le abrimos, nos hace lentamente capaces de «ver».

¿No es este acaso el estilo divino? No arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor. Y, lo que aparentemente es tan pequeño, ¿no es tal vez -pensándolo bien- lo verdaderamente grande? ¿No emana tal vez de Jesús un rayo de luz que crece a lo largo de los siglos, un rayo que no podía venir de ningún ser humano; un rayo a través del cual entra en el mundo el resplandor de la luz de Dios? El anuncio de los Apóstoles, ¿podría haber encontrado la fe y edificado una comunidad universal si no hubiera actuado en él la fuerza de la verdad?

Escuchando a los testigos con el corazón y a partir de los signos que el Señor realiza en ellos, afirmamos que Jesús ha resucitado verdaderamente. Él es el Viviente y a Él nos encomendamos en la seguridad de estar en la senda justa. Con Tomás, metemos nuestra mano en el costado traspasado de Jesús y confesamos: «¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!» (Jn 20,28).

CONCLUSIÓN

Con este comentario sobre la Resurrección de Jesús, completamos la serie de tres sobre su pasión, muerte y resurrección y también nuestro estudio sobre el evangelio de Mateo, que nos ha ocupado todo el curso 2024-2025.

Esta conclusión, por tanto, encierra nuestra peregrinación por la historia de Jesús, nuestro redentor, bajo el prisma del evangelista. Lo es, no solo de este último tema, sino también de todo nuestro periplo mateano.

Hemos sido testigos de la entrega de Dios en favor de los hombres y del rechazo de estos a su Dios:

La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... y el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios... (Jn 1,9-12).

Hemos contemplado también, no lo olvidemos, la resurrección de Jesús y con ella nuestro horizonte y el destino al que nos llama como hijos adoptivos:

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aun no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es (1Jn 3,2).

Llenos de agradecimiento, alabamos a Dios con Jesús:

“Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25).

Y le pedimos, como otras veces, la luz del Espíritu Santo:

“El Padre... os conceda por el Espíritu... que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios” (Ef. 3,16-19).

Un abrazo fraterno.

Carlos Rey - SDB